

SÉRGIO KLEIN

PODEROSA

DIARIO DE UNA CHICA QUE TENÍA EL MUNDO EN SU MANO



ANAYA

En las entrelíneas de la mano

La literatura debería ser una rama de la biología: trato a las palabras como a seres vivos que, de un momento a otro, pueden despegar del papel y salir por ahí, sin autor ni destino. Por el momento, tengo trece años y ningún libro publicado, pero vivo soñando con ser escritora y vivir de la imaginación, que en mi caso reniega del orden cronológico y alfabético y vive postergando el punto final. Me gusta dejar a mi mano suelta para escribir lo que se me ocurra y saltar de un tema a otro a mi antojo, sin preocuparme por las fechas, la lógica o el sentido común. Pretendo ser guionista de cine o tal vez autora de telenovelas; modestia aparte, creo que se me da bien inventar historias llenas de sorpresas y mudanzas.

El problema de las telenovelas es la extensión: ¡hace falta paciencia para soportar la misma historia durante meses! No sé cómo mi madre aguanta y se traga tantos capítulos sin saber quién va a acabar con quién, quién es el autor de las cartas anónimas o cómo morirá la bruja que envenena la vida de los demás personajes.

A mi padre también le flipan las telenovelas. Finge que no, pero le flipan. Se queda sentadito en la sala, con un pe-

riódico a la altura de la cara, y de vez en cuando echa una ojeada por encima de las noticias para ver qué pasa en la pantalla.

El otro día, mi madre le preguntó que por qué no hacía dos agujeritos en el periódico, uno para cada ojo. Así podría ver la telenovela sin tener que moverlo. Mi padre se enfadó por la broma, dijo que ni siquiera podía leer en paz y se fue de la sala más avinagrado que el dueño de la inmobiliaria del culebrón de las ocho. Pero antes dobló el periódico, estiró el dedo y dijo que todas las telenovelas deberían tener solo un capítulo, el último, que es cuando se acaba la rutina.

Como futura escritora, esa sugerencia me pareció bastante interesante: una telenovela con un solo capítulo sería menos agotadora, sin contar con que podría aumentar su índice de audiencia. Pero a mi madre no le hizo ninguna gracia. En realidad, se puso a llorar, aunque en silencio, con los ojos fijos en el televisor como si estuviese emocionada... ¡con una publicidad de detergente en polvo!

Profesora de Historia en la facultad, mi madre es especialista en la vida y la obra de Juana de Arco: especialista, fan y devota. Cuando hizo el doctorado, defendió la tesis de que la patrona de Francia había sido la primera feminista de la historia y obtuvo la nota más alta, a pesar de enfrentarse con una mesa examinadora compuesta solo por hombres. Pero, al contrario de la santa guerrera, mi madre solo es feminista de cara afuera y de la puerta del aula para dentro. Ese rollo de mujer independiente, dueña de su propia nariz respondona, no funciona en casa. Frente a la familia, ella se comporta como una esposa pasiva y resignada, que se limita a refunfunar por los rincones de la casa (¿existe peor forma de silencio?) cuando su hombre deja la toalla

de la ducha en el suelo del cuarto de baño, se pasa las noches del sábado jugando al fútbol con sus colegas de la clínica o se olvida del aniversario de bodas.

Cuando supo que iba a tener una niña, mi madre decidió ponerme el nombre de la santa. A mi padre no le gustó la idea: insistía en que la primera hija se llamase Rosalía, como su madre, que había muerto hacía poco y se merecía un homenaje. Después de mucha discusión y propuestas de toda la familia, mis padres hicieron un pacto extravagante y me bautizaron acordando esta obra maestra: ¡Joana Rosalía! Pero fue solamente una tregua. Mi madre no se llevaba bien con su suegra y solo me llama Joana, mientras que mi padre, de puro porfiado, insiste en decirme Lía.

No sé si fue en esa época cuando comenzaron las riñas, pero sospecho que la elección de mi nombre ayudó a estropear el matrimonio de mis padres. Para librarme de esa culpa, adopté una actitud radical: un día, en medio del almuerzo, cuando los dos intercambiaban pullas debido al condimento del bistec, me subí a la silla y prometí que desde entonces en adelante me cepillaría los dientes después de las comidas y me pasaría el hilo dental y haría mi cama y comería verduras todos los días, incluidos brécoles y domingos, y no me olvidaría de tirar de la cadena, ni dejaría la luz del cuarto de baño encendida, ni pellizcaría a mi hermano si se ponía a imitarme. Parecía una política en plena campaña, candidata al cargo de hija perfecta.

En el fondo, no sé si tendría paciencia para cumplir todas aquellas promesas, por eso me quedé muy aliviada cuando mi padre (que es dentista, por eso hablé de cepillarme los dientes y pasarme el hilo dental) me pidió que me sentase, me acarició el mentón y dijo que él y mamá no discutían por mi culpa.

Por primera vez en mucho tiempo, los dos estaban de acuerdo. Mi madre explicó que nadie tenía la culpa de nada, ocurre que muchas parejas pasan por momentos de crisis, pero por eso no se acaba el mundo. Enseguida cambió de tema y dijo que había que comérselo todo, porque solo tendría postre quien rebañase el plato y no dejase ni un granito de arroz.

¡Y qué postre: pudin de leche condensada con caramelo encima!

Era hora de quedarse callado, soñando con el pudin en silencio, pero el entrometido de Álex (el nombre de mi hermano fue un homenaje a Alejandro Magno) no tuvo mejor idea que preguntar:

—¿Crisis? ¿Qué bicho es ese?—. Y acabó reavivando el combate entre el doctor Nelson y la profesora Sonia, cada uno hablando más alto que el otro para ver quién explicaba mejor el sinónimo de crisis conyugal.

Cuando quiere adelantar el postre, mi hermano suele esconder la comida debajo de una hoja de lechuga o, si no, echa el resto en el plato de la abuela Nina. Pero ese día inventó una táctica más atrevida: ¡y también mucho más asquerosa! Mi estómago gritó «puaj» y casi se me revolvió cuando llenó el tenedor con arroz, alubias y bistec y fue metiéndolo todo en los bolsillos de la chaqueta. Lo que digo: ¡el muy chiflado escondió la comida en el uniforme! Y después tuvo el descaro, además, de mostrar el plato vacío, pasarse la servilleta por la boca y pedirle a mi madre que trajese el postre.

¡Fue entonces cuando se produjo la catástrofe del día! Cuando mi madre volvió de la cocina, equilibrando en la bandeja el tembloroso pudin, a Álex se le ocurrió preguntar si ella y mi padre estaban a punto de separarse. ¿Es o no es

para perder el apetito? Creo que mi padre iba a decir algo, pero se atragantó y empezó a toser. Mi madre se puso tan nerviosa que dejó caer la bandeja: una pieza de cristal carísima, regalo de bodas.

Mi hermano se dio cuenta de que había metido la pata y trató de escaparse de la mesa. Pero no fue muy lejos. Después de resbalar en un charco pegajoso, se dio en la cabeza con la arista de la estantería y se desplomó de espaldas en el sofá, derramando en el cojín el almuerzo escondido dentro del uniforme.

El accidente le valió tres puntos en la frente y una semana sin videojuegos.

* * *

El sueño de todo chico (por lo menos de los de mi clase) es tener una barba de profeta. Las hermanas de algunos compañeros me cuentan que se entretienen horas frente al espejo, embadurnándose las mejillas con crema de afeitar y pasándose la maquinilla de un lado al otro, con la esperanza de ver brotar los primeros pelitos. Hasta mi hermano, con sus ridículos ocho años, usa la máquina de afeitar de mi padre en un intento de anticipar la adolescencia.

Para nosotras, las chicas, la cosa es mucho más complicada. No sirve de nada comprarse una maquinilla y afeitar piernas y axilas, eso no te hará sentir que te estás convirtiendo en una mujer. Conmigo, por lo menos, no ha funcionado. Una vez fui con mi madre al salón de belleza de Silvia y tanto pedí e insistí que acabé haciéndome una depilación con cera caliente. ¡Para colmo, con cera casi hirviendo! ¡Tan solo con recordarlo me dan ganas de encen-

der el ventilador! Además de haberme salido un hematoma en la ingle, tuve que tomar un analgésico.

Pero, como iba diciendo, una no deja de ser una niña de la mañana a la noche. La profesora de Literatura ha dicho que la adolescencia es un carnaval de hormonas y ha asegurado que no existe una edad exacta para la primera menstruación: en la mayoría de los casos, se tiene entre los nueve y los catorce y depende de factores genéticos, psicológicos, sociales... y hasta de lo que comemos. Cuando dijo eso, me dieron ganas de levantar la mano y preguntar si existe alguna dieta especial para quien quiera menstruar: a finales de año cumplo catorce y hasta ahora nada. ¡Ni una gotita!

Creo que Clarice, la profesora, captó mi inquietud, porque al acabar la clase me miró directamente y dijo que nadie debería estresarse si la menstruación no le había venido todavía. Y mucho menos hacer comparaciones. Muy bien, ella tenía razón, cada chica vive su historia y esto y lo de más allá. Pero no puedo evitar que me dé envidia Elenita, tres meses menor que yo y con una menstruación amazónica, con derecho a aumento de paga para comprar un bolso de marca donde llevar el paquete de las compresas. ¡Hasta tiene tensión premenstrual, qué lujo!

Si un día llego a ser escritora, voy a transformar a Elena en personaje y escribir un cuento sobre el día en que ella comenzó a menstruar. En realidad, ocurrió mientras dormía. Aún no había amanecido cuando despertó de una pesadilla, encendió la lámpara y vio una mancha en la sábana. Se puso a dar gritos, pensando que había sido víctima de un psicópata asesino especializado en adolescentes pecosas. En esa época había un loco de esos suelto por ahí, tipo asesino en serie, y toda la ciudad estaba en alerta. El

padre de Elenita saltó de la cama y entró en la habitación de su hija dispuesto a atrapar al degenerado. Al descubrir el motivo de los gritos, dio gracias a Dios y fue al patio a arrancar una rosa. Al rato volvió a la habitación de Elena para entregarle la flor y el desayuno, que incluía quesos, yogures, frutas y mermeladas. Y todo eso servido en bandeja de plata cubierta con un mantel de encaje. Ay, ay, ¿existe un padre más romántico que ese?

El problema es que Elenita es muy infantil y le dan igual esas delicadezas. Tan infantil que al día siguiente, cuando su madre le compró un paquete de compresas, creyó que servían para jugar. Después de ponerse una dentro de la braga, cogió las otras nueve e hizo un colchón para la camita de su Barbie.

* * *

Silvia, la manicura, se pasa el día hablando mal de los hombres. Su teoría es simple: los hombres no sirven para nada y punto. Los rarísimos ejemplares que sirven para algo solo tienen dos utilidades: matar cucarachas y cambiar bombillas; no es casual que las mujeres prefieran a los hombres más altos.

Tal vez Silvia habla de esa manera porque la abandonó el marido. El tipo es uno de esos parásitos que tienen alergia a todo tipo de trabajo, incluso a los pequeños servicios domésticos, como ajustar tornillos y cambiar bombillas. ¡Y, para colmo, se muere de miedo con las cucarachas! Siempre andaba con un periódico bajo el brazo para fingir que estaba buscando empleo, pero su única ocupación era desplegar sus encantos entre las clientas del salón. Resumiendo la historia: un día él se marchó con una pedicura

llevándose todo el dinero de la caja y la tarjeta de crédito de la (literalmente) pobre Silvia.

Se quedó unos días en cama, consumiendo pañuelos de papel, hasta pensó en cerrar el salón y volver a su pueblo. Pero la depresión acabó cuando Silvia vio en la televisión un reportaje sobre los estragos que provoca el llanto en el organismo, como arrugas, estrías y canas, sin hablar de los senos, que pierden firmeza, y deja la piel grasa y llena de espinillas.

Silvia fue hasta el espejo del cuarto de baño y le preguntó a su imagen:

—¿Quieres que te diga una cosa? Ese infeliz no merece nuestro sufrimiento. Ningún hombre lo merece.

Al día siguiente, se despertó muy pronto, se dio un baño muy largo y llegó al salón silbando. Se pasó más de un año trabajando como una esclava, sin domingos ni centro comercial ni cine, hasta pagar todas las deudas que le había dejado el parásito. Pero al poco tiempo logró dar un vuelco a la situación y, paso a paso, multiplicó la clientela y acabó convirtiéndose en propietaria del salón más elegante y concurrido del barrio. Para conseguir turno, es necesario llamar con varios días de antelación. Y el teléfono comunica todo el tiempo. Cuando consigues que te atiendan, la secretaria, Mariángeles, responde con voz de contestador automático:

— ¡Buenos días, salón de Silvia! ¿Quién habla?

Mi madre siempre va al salón después de reñir con mi padre. Yo pensaba que su afán era sentirse más guapa, pero después descubrí que eso no tiene nada que ver con la vanidad. Claro que aprovecha para tratarse a fondo las uñas, que le quiten las cutículas y le pongan una base de esmalte. Pero lo que realmente quiere es conocer las sorpresas del

destino: Silvia, además de manicura, tiene talento de gitana y lee las palmas de la mano. Las clientas pagan por las uñas y, por añadidura, obtienen noticias del futuro.

Fue para saber el futuro de su matrimonio por lo que mi madre llamó al salón, la tarde del día en que rompió la bandeja de cristal. Mejor dicho, intentó llamar. Por más que pulsase las teclas, no conseguía atinar con el número y fue a pedirme ayuda, antes de perder la paciencia y tirar el teléfono por la ventana.

Ya me estaba saliendo humo de la oreja cuando finalmente Mariángeles atendió y dijo que solo tenía un hueco el fin de semana, y por una anulación de última hora. Intenté transmitirle ese recado a mi madre, pero no me dejó terminar. Me arrancó el teléfono de las manos y vociferó que era cuestión de vida o muerte, que su matrimonio había llegado al límite, que si no la atendían prendería fuego al salón.

* * *

A mi abuela le encantaba diseñar ropa original en la cocina, se despertaba temprano para salir a caminar y era socia de un club de la tercera edad donde practicaba bailes de salón. Pero eso fue antes del derrame, que le borró la memoria y buena parte de los movimientos. Llegó a ir a algunas sesiones de fisioterapia, pero no tenía paciencia para repetir los ejercicios, y lo único que consiguió fue volver a aprender a tomar sopa. Actualmente se pasa todo el tiempo en la cama, mirando fijamente al techo o rascando la pintura de la pared con las uñas. Solo sale de la habitación trastabillando (casi siempre apoyada en mi hombro) y casi no reconoce a nadie.

Una persona en ese estado necesitaría una enfermera las veinticuatro horas, pero las candidatas que aparecen o son muy rubias o muy jóvenes o muy altas o muy escotadas: en fin, todas tienen defectos imperdonables para una esposa insegura. Mi madre alega que está intentando reducir los gastos de la casa. Yo no me lo creo. Pienso que son los celos los que explican tanto sacrificio: como si no tuviese bastante con las clases de la facultad, insiste en cuidar a mi abuela, preparar el almuerzo y hacer la limpieza. Ocurre que la súper Sonia no puede estar en dos lugares al mismo tiempo, así que la carga acaba cayendo sobre mí. Como no sé cocinar ni lavar, mi tarea es pasar las tardes con la abuela Nina.

Pero no «aquella» tarde. Cuando mi madre colgó el teléfono de golpe y salió de casa insultando al destino, pensé que tenía la obligación de ir tras ella. Le pedí a santa Juana de Arco que se ocupase de mi abuela, cerré bien la puerta y no esperé al ascensor. Bajé las escaleras saltando escalones y alcancé a la precipitada de mi madre en la esquina.

Mi padre había salido en coche para llevar a Álex a urgencias, por eso fuimos hasta el edificio (casa arriba, salón abajo) donde Silvia vive con su hijo.

La caminata sirvió para enfriar la cabeza y despejar la rabia de mi madre: entró en el salón diciendo «buenas tardes», se acercó al mostrador y le pidió disculpas a la secretaria en un susurro. Mariángeles se levantó y fue a llamar a la jefa.

Yo me había preparado para una larga espera, pero Silvia sintió que mi madre necesitaba afecto y no escatimó atenciones: nos llevó hasta el sofá, mandó servir un cafetito y dijo que no tardaría.

La clienta que esperaba su turno, una tal Pili, narraba con lujo de detalles su más reciente operación de cirugía plástica. ¿Qué me interesaba saber la cantidad de silicona que se había inyectado en cada pecho, cuántos días estuvo ingresada y lo que costaba cada día en el hospital? Hubo un momento en que cerré los ojos, para simular que estaba durmiendo, y me concentré deseando que algún científico chiflado inventase el control remoto de las personas: un pequeño instrumento portátil que cupiese en un bolsito y tuviese las mismas funciones que el mando de un televisor. Pulsando la tecla «mudo», yo podría quitar la voz de mi padre y la de mi madre cada vez que comenzasen a reñir. La tecla «pausa» congelaría los gestos de Álex siempre que se metiese conmigo. Y, en casos más graves, como el de esa clienta, la solución sería hacer clic en el botón «desconectar».

Pensándolo bien, tal vez un perro sea más eficaz que ese control remoto, con toda seguridad un chucho del tamaño de Federico, que entró ladrando en el salón y casi mató a Pili del susto. Silvia aún no había terminado su trabajo, pero la pretenciosa se levantó de un salto y se marchó tan asustada que ni se acordó de pagar.

* * *

Es horrible definir a una persona con una sola palabra, pero si tuviese que elegir un adjetivo para el hijo de Silvia... ¿callado? No, no. Callado es poco. Tal vez mudo. Júnior no abre la boca ni para bostezar. Hace tiempo que estamos en el mismo curso, creo que desde siempre, pero nunca hemos hablado nada serio, solo hola, adiós y nada más. Las pocas veces en que he propuesto algún tema, él

ha respondido con monosílabos (agudos solo en el acento) y no ha apartado los ojos del suelo.

Silvia le ha dicho a mi madre que el silencio de Júnior es una defensa contra la indiferencia de su padre. Después de que el tipo tuvo la feliz idea de hacer la maleta y desaparecer de casa, el chico se sintió más suelto, entró en el equipo de fútbol sala del colegio y comenzó a ir a las fiestas del grupo de compañeros. Pero no por ello perdió la timidez. Casi se muere de vergüenza delante de las clientas y solo entra en el salón cuando no hay más remedio, casi siempre para buscar al perro, que está todo el tiempo saltando el portón del patio.

Fue lo que ocurrió después de que Federico le gruñó a Pili. Daba pena ver al pobre Júnior en medio de aquel harén, corriendo detrás del chucho. Cuando los labios del chico comenzaron a temblar, yo pensé que era de los nervios. ¿O tal vez se estaba riendo de mí?

Sí, porque mi situación era francamente graciosa. Federico dio una vuelta por el salón, olisqueando sandalias y tobillos, saltó al sofá y se instaló en mi regazo. Si fuese un animal pequeño, pase, pero ¿cómo mecer a un perro del tamaño de un *pit bull*? Júnior se dio cuenta de mi pánico y explicó que el perro no era malo, no, solo había elegido mi regazo porque yo le gustaba. El elogio me dejó más tranquila. En cámara lenta, me arriesgué a hacerle una caricia y conseguí, a cambio, una lamida en el cuello.

Acto seguido, Júnior chasqueó los dedos y sacó a Federico de escena. Silvia pidió disculpas por la confusión y se sentó a nuestro lado en el sofá. Mi madre fue derecha al asunto, contando el almuerzo en detalles: la discusión con mi padre, el plato de cristal roto, el pudin desparramado en la cocina y la herida en la frente de Álex. Todo eso, claro,

susurrando, para eludir los oídos sensibles de las clientas. Por fin, mostró la palma de la mano y quiso saber qué había escrito en la línea del amor. O de lo que había quedado del amor.

En ese instante, me acordé de la abuela Nina, completamente sola en el piso. ¿Y si quisiese ir al cuarto de baño? ¿Si tuviera hambre? ¿Si le diese uno de aquellos ataques de tos que nacían como un inocente carraspeo y acababan con la boca morada? Para distraerme, cogí una revista. Comencé a hojear la vida de los artistas y noté que la dueña del salón también estaba interesada... Pero no en los cotilleos de la telenovela. Lo que le llamó la atención fue mi mano izquierda, abandonada sobre el brazo del sillón con la palma vuelta hacia arriba. Silvia ignoró el «blablablá» de mi madre y dijo que la línea de mi destino tenía un trazado muy especial.

Nunca he hecho caso a todo ese rollo de echadores de cartas, gitanas, videntes, brujas, en fin, esa tribu esotérica que entra en sintonía con el más allá para captar energías cósmicas e intentar adivinar lo que va a ocurrir pasado mañana. ¿Sinceramente? Creo que el futuro no es cosa nuestra. Si una chica llega a saber que tiene por delante una sorpresa maravillosa, tipo despertar la pasión de un millonario griego o ganar sola toda la lotería acumulada, se pasará el resto de su vida esperando la fortuna de brazos cruzados. ¿Y si la previsión es catastrófica?: un meteoro caerá en tu cabeza, no importa dónde estés. La reacción, en ese caso, es parecida: dejar la vida de lado, quedarse día y noche mirando hacia arriba y pegarse un susto cada vez que una piedra cae sobre el tejado.

A pesar de mi lado incrédulo, Silvia me sujetó la muñeca y pasó su larga uña por la palma de mi mano. Se quedó

un rato en silencio, con la boca abierta y los ojos húmedos, y confesó que nunca había leído un futuro tan... Hizo unos minutos de pausa, como si estuviera buscando, en el vasto repertorio de la quiromancia, un adjetivo a la altura de mi destino.

—¿Tan qué? —preguntó mi madre, temiendo que alguna desgracia estuviese a mi acecho en la esquina.

Me dieron ganas de reír, pero pensé que una carcajada podía acabar con aquel clima de incienso hindú. Silvia respiró hondo y finalmente reveló que yo tenía... ¡poderes!

Mi madre y yo nos quedamos expectantes: ¿cómo poderes? ¿Poderes para hacer qué?

Silvia me besó la mano y afirmó que yo poseía el don de hacer todo lo que quisiera. Las líneas y entrelíneas de mi destino no conocían límites. Usando la imaginación, yo sería capaz de realizar cualquier cosa.

Los ojos de mi madre brillaron:

—¿Quieres decir que Joana podría, digamos, salvar mi matrimonio?

Silvia aseguró que, si yo lo deseara, podría salvar el mundo. No hubo tiempo de hablar nada más, porque había llegado la clienta de las cuatro. Era el momento de que la vidente volviese a ser manicura.